

pió los labios con cachaza estudiada.

En un murmullo casi impercceptible, el heredero dijo entonces la oración de Gracias. Los cuatro se levantaron enseguida y se dispersaron.

Santiago subió a su cuerto para rasurarse y preparar la maleta. Se alegraba de marcharse. La casa y la región le parecían encantadoras y... Candelaria también, claro! Pero esos tres personajes tomaban la vida tan en serio... Eran demasiado novelescos. Después de la fuguita aquella con Candelaria (sabrosa, quien lo duda?) los dos muchachos le miraban de reojo y la joven se había puesto más romántica que el propio Lamartine. Con qué placer iba Santiago a reunirse con la pandilla de Los Tritones en Barcelona! Esos sí que eran gente despreocupada y divertida! Una sombra oscurecía empero la dicha del joven. Se rasuraba, ponía los trastos en la maleta con la sensación de que alguien le seguía paso a paso. Dos o tres veces se había vuelto bruscamente creyendo que no estaba solo. Recorría la habitación con la mirada. El cuarto estaba perfectamente vacío. Pero una presencia invisible flotaba entre los viejos muebles y Santiago. No era desagradable pero sí turbador. El cuerpo desvanecido de Candelaria pegaba aún en sus brazos, el perfume de la suelta cabellera revivía; música de suspiros resonaba en su mente, y en sus labios, palpitaba aún el contacto de labios estremecidos.

Impulsado por un deseo insensato, salió Santiago de la habitación, fué a llamar a la de Candelaria. La joven no estaba allí sino abajo. No podía permanecer en ningún sitio. Iba al piano, tocaba diez o doce compases de una sonata, salía al jardín, cogía unos claveles; entraba de nuevo en la casa, los colocaba en un jarrito. Volvía a salir al jardín y sentada a la sombra de un avele no probaba de leer. Pero al cabo de pocas líneas se fatigaba. Música, flores, literatura... todo resultaba insípido, fastidioso. El ruido de una puerta, el estremecimiento de un matorral, una sombra proyectándose en el camino, aceleraban el ritmo de su corazón. Candelaria esperaba aún, no sabía de cierto qué. Oía las voces juveniles de Francisco y de Martín charlando y riendo en la azotea. De Santiago, ni rastro. Después de aquel súbito deseo de tomar a Candelaria en sus brazos el joven había vuelto a su habitación. Por la ventana abierta de par en par, apercibió a la muchacha en el jardín. Tenía una actitud tan lánguida, tan expectativa que a Santiago le entraron unas ganas locas de independencia. Tomó el traje de baño y salió por la puerta lateral.

\* \* \*

Ya estaba Santiago a punto de marcha, con la maletilla en la mano, su terno gris de viaje, el sombrero de paja un poco ladeado. Su rostro, como de costumbre, expresaba contento de sí mismo y algo de ironía. Prescindiendo del ofendido Martín, dirigía ojeadas y sonrisas maliciosas a Candelaria. La joven enrojecía con el corazón aprimido.



rumores lo repetía el eco de la altísima columnata, las profundas arcos torales y el cimborrio.

En el relativamente reducido espacio que se extiende entre el coro y el altar mayor se congregaban una cantidad inverosímil de devotos así como a ambos lados de la anchísima nave ( la más ancha de Europa después de la de San Pedro de Roma) a lo largo de las capillas laterales.

El perfume sano y fresco del laurel llevaba la catedral y la claror policroma de las vidrieras absidiales se esparcía sobre la multitud tñiendo de morado, de rojo, de amarillo y de verde los rostros, las mantillas, los palmones y los vestidos infantiles, convirtiendo así las cosas más corrientes en objetos de maravilla. Las antiguas y espléndidas vidrieras mismas, que siguiendo la curva del ábside lucían sus irisaciones policromadas tenían yo no se que de excelso, de alado, absolutamente fascinador. Mis ojos infantiles no podían apartarse de ~~ellos~~ <sup>esos vidrios</sup>, sin sospechar siquiera su valor artístico y arqueológico. Esa armonía luminosa del color y de la transparencia conuinados, producía en mi ánimo una exaltación indescriptible. Me olvidaba de la solemnidad religiosa y de mi precioso vestido nuevo para soñar en cosas informes, haluciantes, sobrenaturales, perdidas en el espacio y en el tiempo, cosas que nunca escribirá ningún poeta porque escapan a las formas humanas. Eran como fragmentos de otros mundos ingravidos, sensaciones celestes, esperanzas divinas...

Por fin salía el Señor Obispo revestido de su manto morado, rodeado de canónigos, beneficiados, capellanes y monaguillos.

Con movimiento unánime la multitud se prosternaba. Agitabanse los palmones, susurraban las ramas de laurel y de olivo, ~~se~~ <sup>se</sup> ~~entrechocaban~~ <sup>caban las</sup> sillas, crugían las sedas. Luego hacíase un gran silencio y en él oíanse los acordes del órgano esparciendo sus ecos por la profunda nave inundada de luz y de perfumes. Más tarde se esparcían también las voces graves de los chantres exhalándose en intervalos y ritmos gregorianos.

Mucillas de incienso flotaban ante el altar mayor y ~~allá~~ <sup>fla</sup> aroma deliciosa las yerbas quemadas, mezclábase la fragancia silvestre del ramaje.

Francisco llegó por fin con el cabriolé. En el cochecito cabían solo dos personas pero apretándose se colocaban a veces tres. Candelaria esperaba que la invitasen. Martín podía muy bien permanecer un par de horas solo. Pero Francisco, sentado ya en el pescante con las riendas en la mano, dijo impaciente a Santiago:

"Anda, vamos, se nos va a escapar el tren."

Entonces Santiago se descubrió y dió la mano a Candelaria, luego a Martín:

"Hasta la vista, niños!" Saltó en el cabriolé:

"¿Cuándo os veo por Barcelona?"

"Por setiembre" gritó Martín.

El coche se había puesto ya en marcha. Santiago agitaba el sombrero. Candelaria levantó una mano lánguida para decir adiós a su amigo.

\* \* \*

Candelaria estaba sola en la biblioteca, sentada al piano. Dos bujías ardían en los candelabros y su llama vacilante derramaba una débil claror sobre las manos de la muchacha. Tocaba el nocturno de Chopin, uno de sus preferidos. Canturreaba la melodía improvisando unas palabras. Cuando el canto comenzaba a elevarse y se quebraba en el registro agudo, Candelaria lo abandonaba. Volvía al motivo inicial, repitiéndolo una y otra vez.

Los límites del mundo sensual eran los de la luz que las vigas dibujaban en la oscuridad del salón. Mas allá no existía nada. Ese nocturno de Chopin y los dulces recuerdos del maizal armonizaban maravillosamente. Música y sensaciones volaban juntas hasta regiones celestiales donde no cabe el egoísmo ni mentira.

Un ruido de madera rompió de repente el encanto. Candelaria volvió la cabeza, cesó de tocar. El heredero del Mas Garriga estaba allí sentado en uno de los sillones rústicos. Solo las manchas de su rostro y de sus manos se destacaban en la sombra.

"Me has asustado" dijo Candelaria.

"Perdóname" dijo Francisco. Una de sus manos se movió: "Continúa, Candelaria. Te escuchaba con arrobamiento" Tembló su voz al añadir:

"Como se llama esa pieza?"

"Un nocturno de Chopin"

"Que bonito!"

"Pero comprendiste las palabras?" dijo Candelaria.

"Algunas" respondió Francisco

"Que cantaban?"

"Hablaban de una noche de verano, de un campo de maíz, de un barril lejano de mar... Se le entronqueció la voz. Cesó: "Y de un beso, creo."

"De un beso?" dijo Candelaria.

"Sí, de un beso" afirmó Francisco.



Candelaria se había puesto de pié lentamente. Ahora se hallaba a proximidad de su amigo. Al otro extremo del salón la llama vacilante de las bugías continuaba iluminando la página abierta del libro y las marfileñas teclas del piano.

" Repite mis palabras, Francisco".

" Las olvidaste ya?"

" Nunca las supe" dijo Candelaria.

Alguien silbaba en el patio. Tal vez Martín. El silbido se elejaba camino del mar.

" Entonces divagabas?" preguntó Francisco.

" Si, una manera de divagación..."

Francisco comentó :

" Es muy grave!"

" Oh, no" replicó Candelaria, "Me sucede amenudo. Canto cualquier pieza de música improvisando las palabras. A éso se le llama inspiración, creo."

Candelaria parecía bromear. Así lo creyó Francisco quien dijo con dolorosa ironía:

" Hoy te ha inspirado un beso."

" Quizas" exclamó la joven, "Que buenos son los besos ,no Francisco?"

" Lo ignoro" dijo éste, grave de pronto. "Yo no practico esa clase de juegos"

Preguntó Candelaria incrédula:

" No?"

" No" afirmó él.

Candelaria se echó a reir :

" Entonces eres un santo, Francisco"

" Al contrario. Sueño mucho con los besos pero..."

Candelaria interrumpió :

" Pero qué?"

" Me abstengo" murmuró él.

" Te abstienes?" exclamó la joven casi escandalizada. Iba a enfadarse. Iba a decir cosas malas, irreparables. ( Oh, Santiago, Santiago! ¿Donde te hallas ahora? ¿Porque no estamos juntos besándonos en un maizal?) De pronto exclamó :

" Dime la verdad Francisco. No has besado nunca a una chica?"

" Nunca" declaró el joven.

" Eso quiere decir que no has encontrado aún quien te guste."

" Al contrario; Eso quiere decir que la he encontrado, mejor dicho que la había encontrado. Y por éso no beso a nadie. Que dulce es desear y abstenerse, que dulce ~~saber~~ guardar... conservar todos nuestros besos para una sola!" Añadió:

" No estas de acuerdo, Candelaria?"

La joven no contestaba. Francisco ~~añadió~~ dijo :



" Puede que sea yo ridículo ,pasado de moda.

Candelaria seguía callando. Pensaba: "Así ~~habría~~ debí de hablar Santiago". De repente dijo:

" Porqué hablas en pasado,Francisco?"

" Porque éso pertenece al pasado."

Candelaria balbuceó :

" No comprendo..."

Con un tono que quería ser firme,Francisco dijo:

" Es muy sencillo:ya no quiero a esa muchacha."

" Pero...porqué?,Dios mio,porqué ?" Candelaria retenía las lágrimas.

" No lo sé" dijo el heredero del Mas Garriga," he dejado de amarla de repente. Y yo que culpa tengo?"